

## LA QUIEBRA DEL TEÍSMO

Antes de seguir avanzando en esta serie de columnas, quiero retomar el tema de la semana pasada y examinar más detenidamente el concepto de «teísmo». Al hacerlo, corro el riesgo de repetirme, sin embargo, la cuestión es tan relevante para el desarrollo de esta serie que estoy dispuesto a correr dicho riesgo a fin de asegurarme de dejar bien sentada la base para un examen más profundo y significativo de las razones por las que la concepción teísta de Dios, predominante aún hoy, está herida de muerte. Se trata también de pensar cómo debemos buscar un camino que nos permita ir más allá de él y, al mismo tiempo, de dejar abierta la posibilidad de seguir considerando real al Dios que está más allá de dicha concepción.

El teólogo alemán Paul Tillich fue quien primero abrió mi mente a la posibilidad de que Dios no fuese un ser con poder sobrenatural, que habita en algún lugar más allá del cielo y que está listo para venir a nosotros y para intervenir en nuestro mundo con un poder milagroso. En otras palabras: Tillich fue el primer pensador que me hizo caer en la cuenta de que el “teísmo” ya no era una concepción de Dios con la que vivir. Esta toma de conciencia se hizo más clara y profunda al leer el libro de Elie Wiesel titulado *La noche*. Wiesel es un judío al que el régimen nazi envió a los campos de exterminio cuando era apenas un adolescente. Lo separaron de su madre al entrar en prisión: a él y a su padre, los enviaron en una dirección y a su madre, junto con las demás mujeres, la enviaron en otra. Nunca más volvería a verla. Sin embargo, de algún modo, Wiesel estaba destinado a sobrevivir a aquel horror. Poco antes del fin de la guerra, vio morir a su padre, pues ni siquiera la luz al final del túnel pudo evitar que éste no desfalleciese y que su cuerpo superase lo ya sufrido. Elie Wiesel fue, pues, el único superviviente de su familia. Pero salió de esta experiencia como un hombre transformado. Para Wiesel, la esperanza había muerto, la fe en Dios había muerto y el sentido estaba hecho trizas. En las Sagradas Escrituras de su pueblo había leído la historia de Moisés y el Éxodo. Su Biblia decía que en el pasado Dios había venido en ayuda de su pueblo. Dios había azotado a los egipcios con múltiples plagas hasta que aceptaron liberar al pueblo judío de su cautiverio. Dios había ayudado a su huida – proclamaban- separando las aguas del Mar Rojo para que los judíos pudiesen pasar por un terreno seco mientras que los egipcios se ahogaban. En el desierto, Dios había alimentado al pueblo con pan caído del cielo, y había hecho manar agua de la roca en Meribá. Este era un Dios que veía, que intervenía con poder sobrenatural, un Dios que se preocupaba. Sin embargo, esta no era la experiencia del holocausto, y Wiesel se preguntó: ¿dónde estaba este Dios entonces?; ¿había abandonado a su pueblo? ¿Era posible que Dios hubiese muerto? ¿Es que su Dios no era más que un producto de su imaginación? La suya era una verdadera crisis espiritual en forma de crisis de creencias.

En la mente de Wiesel, la ecuación era simple. Si Dios era real y tenía el poder de intervenir para detener el Holocausto, y sin embargo había declinado hacerlo, entonces Dios era responsable y culpable moralmente. Un Dios tal sería un demonio malévolo, no alguien a quien adorar. En cambio, si Dios no tenía poder para intervenir, entonces debía ser impotente. Y tener un Dios malévolo o un Dios impotente es peor que no

tener ningún Dios. Este era el dilema que el concepto teísta de la divinidad planteaba a Wiesel y que, en realidad, plantea a cualquiera. Por eso la inteligencia humana se ha sentido obligada, durante siglos, a justificar ante sí misma los caminos de Dios. La idea tradicional de un Dios que podía intervenir, dotado de poder sobrenatural, chocaba frontalmente con la idea de un Dios bondadoso. No se podían tener las dos cosas. Las afirmaciones que hacíamos acerca de Dios palidecían ante la enormidad del mal que los nazis infligieron a los judíos. Las conclusiones eran claras e inevitables. O no había Dios, o la concepción que de él teníamos era terriblemente equivocada. Wiesel se sumergió en la noche oscura del alma, del mismo modo que lo hicieron muchos ciudadanos del mundo occidental.

La interpretación teísta de Dios ya se había debilitado seriamente con anterioridad, debido a la expansión científica del conocimiento humano. En la época del horror nazi, en la primera mitad del siglo XX, habíamos ido más allá de los escritos de Copérnico, Kepler y Galileo, figuras de los siglos XVI y XVII que de hecho ya dejaron en la indigencia al Dios teísta. Unos cielos vacíos y un universo infinito eran la conclusión hacia la que apuntaban estos astrónomos. La idea de una divinidad que todo lo ve, y que cuidaba de nosotros como de la niña de sus ojos, o la idea de una divinidad que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza, incluso la idea de un Dios «para el que todos los corazones están abiertos, al que todos los deseos le son conocidos y al que no se le oculta ningún secreto» se volvió bastante problemática. La Iglesia cristiana trató de defenderse de estos cielos vacíos sometiendo a juicio a Galileo y condenándole por hereje. A causa de su edad y de su situación de enfermedad, pero quizá también porque tenía una hija monja, no fue quemado en la hoguera, sino que consintió en retractarse públicamente y no volver a publicar ningún pensamiento contrario a la fe de la Iglesia. Se le condenó a vivir bajo arresto domiciliario durante el resto de su vida. En aquella época, la Iglesia, ebria de poder, creía que si alguien contradecía su versión de la verdad tenía que estar equivocado. Tal fue la idea que había tras la creación de la Inquisición. Aún tenían que descubrir que las nuevas ideas no pueden reprimirse simplemente por ser incómodas para la verdad establecida. En 1991, el Vaticano anunció oficialmente que creía que Galileo estaba en lo cierto. Esto ocurrió décadas después del comienzo de los viajes espaciales. Galileo, ciertamente, tenía razón. La interpretación teísta de Dios que él desafió comenzaba su lento pero inevitable declive.

No fueron mejor las cosas para el Dios teísta con la obra de Newton, en la segunda mitad del siglo XVII. Le parecía a Newton y a sus seguidores que en el universo regían leyes naturales inmutables. Una divinidad caprichosa no podía burlar dichas leyes para responder a quienes le rezan, para mandar la lluvia, cambiar la dirección de un huracán, detener un terremoto, curar una enfermedad, poner fin a una guerra u oponerse a las atrocidades humanas. A las personas religiosas, atadas al pasado teísta, las explicaciones de Newton y de sus seguidores les sonaban más a licencia cómica que a convicción seria. Todo lo que una vez asumimos como acciones de la divinidad teísta quedaba explicado sin apelar en absoluto a dicha divinidad. Cada vez más, el mundo dejaba de tener necesidad de la hipótesis del Dios teísta. Así, el Dios teísta se fue convirtiendo en poco menos que en un desempleado. La divinidad recibió la carta de despido y se jubiló.

Friedrich Nietzsche proclamó la muerte de este Dios hace tiempo, en el siglo XIX. En los años sesenta del siglo XX, los teólogos de la “muerte de Dios”, un grupo de estudiosos de prestigio, sumaron sus voces a la desesperación de la comprensión teológica. Hoy, cada vez más, vivimos en un mundo post-cristiano; más y más gente llega a convencerse casi a diario de que ya no pueden cantar el canto teísta al Dios teísta en este siglo XXI en el que vivimos. Si alguien no puede aceptar esta explosión de conocimiento, que ha puesto en cuestión todos los supuestos teístas, se convierte en alguien que está a la defensiva y que se esconde detrás de unas pretensiones de autoridad irracionales y fácilmente desechables como la de ser poseedores de la verdad mediante la infalibilidad papal o bíblica. Quienes aceptan el mundo mostrado por los nuevos conocimientos descubren que no queda lugar en sus vidas para la antigua idea teísta de Dios. Hoy, estas personas están abandonando en masa unas instituciones religiosas irreflexivas, están tirando a los cubos de la basura de la historia la fe de sus padres.

Este era el mundo en el que Paul Tillich empezó a buscar una nueva concepción de Dios. Quizá Dios no es un ser. Quizá hemos creado al Dios teísta a nuestra imagen y no al revés. Quizá podamos descubrir una dimensión trascendente de la vida mirando al ser mismo. Quizá es la vida lo que es santo, fluyendo, como lo hace, a través de cada criatura viviente, tal como ha viajado desde las células más simples, que por primera vez constituyeron la vida hace unos tres mil ochocientos millones de años, hasta la complejidad autoconsciente que ahora mostramos los seres humanos. Entre estos seres autoconscientes siempre ha habido un anhelo de trascender los propios límites, de vincularse a un sentido de la vida, de sondear el potencial del amor y de buscar la identificación con algo que está más allá de nuestra comprensión. ¿No está todavía ahí este Dios, que las categorías teístas que ahora agonizan ocultaban? ¿No podremos dejar morir al teísmo sin destruir el anhelo humano de lo divino? Es sólo la muerte del teísmo, y no la muerte de Dios, lo que causa nuestra actual desesperanza religiosa. Supongamos, sin embargo, que volvemos a mirar y vemos que hay algo, más allá de nuestras separaciones, que nos llama a la unidad, algo, más allá de nuestra autoconciencia, que nos invita a una conciencia universal, algo que nos anima a rebasar las limitaciones humanas desde más allá de ellas mismas. ¿No podemos entonces empezar a pensar en este Dios de un modo no teísta? En lugar de buscar a Dios como un ser que habita más allá del cielo, Tillich sugirió que volviésemos a dirigirnos hacia el interior y buscásemos al Dios que es el sustento del ser, la fuente de la vida y del amor. Entonces, ¿es nuestra vida una parte de la vida que Dios es?; ¿es nuestro amor una manifestación de un amor que emana de Dios?; ¿está nuestro ser vinculado al ser de Dios y sustentado por él?; ¿es nuestro anhelo místico una ilusión o algo que apunta a una nueva realidad?

Seguramente, una nueva puerta se abre a nuestra búsqueda. Nos estremecemos ante la puerta pero, si nos atrevemos a atravesarla, debemos dejar atrás casi todos los símbolos religiosos de los que nos hemos alimentado en el pasado. Tememos convertirnos en meros “humanistas seculares”. Pero, por otra parte, si renunciamos a atravesar la puerta, podemos gastar todo nuestro tiempo defendiendo, de forma cada vez más histérica, un pasado religioso que agoniza. Nos convertiremos en fundamentalistas, tradicionalistas o católicos preconciliares. Si la única alternativa es “teísmo” o

“ateísmo”, este último será el resultado. Yo propongo algo totalmente diferente. Lo que espero es que encontraremos una nueva comprensión de lo que significa ser “humano” y que, en este proceso, descubriremos una unión mística que puede vincularnos y que nos vinculará a lo que es eterno. Esta meta es la que me incita a emprender este viaje que inevitablemente nos saca de la inmadurez de nuestro pasado religioso y nos lleva hacia la maravilla de nuestro futuro no menos religioso.

Inevitablemente, en este viaje los credos cambiarán, las viejas formas institucionales morirán y nacerán otras nuevas, y todas las actuales liturgias se transformarán, pero la eterna búsqueda de Dios continuará. Este es el desafío al que se enfrenta hoy el Cristianismo. Estoy dispuesto a empezar el viaje ahora. Confío en que no estaré solo.

-John Shelby Spong